

REVISTA  
DE  
FILOLOGÍA ESPAÑOLA

---

Volumen XCII N.º 2 julio-diciembre 2012 Madrid (España) ISSN: 0210-9174

---

El *Vocabulario terminológico*  
de medicina de Manuel Hurtado de Mendoza\*

The Medical *Vocabulario terminológico*  
of Manuel Hurtado de Mendoza

Bertha M. Gutiérrez Rodilla  
Universidad de Salamanca

RESUMEN: Desde comienzos del siglo XIX, los médicos españoles empezaron a detectar el «peligro» que corría el lenguaje de la medicina que utilizaban, debido entre otras razones a la gran cantidad de extranjerismos que se veían obligados a importar, sobre todo desde el francés. Ante esta situación, surgieron voces denunciándola y proponiendo posibles soluciones, como las que podría facilitar la elaboración de un diccionario terminológico en el que se recogiera y fijara el significado preciso de los términos. Fue Manuel Hurtado de Mendoza quien finalmente se atrevió a acometer tal empresa elaborando el primer diccionario terminológico moderno de medicina en lengua española. Nuestra intención en este trabajo es presentar en una visión filológica el modo como se construyó una obra lexicográfica que merece conocerse y utilizarse en los trabajos de lexicografía histórica.

*Palabras clave:* historia de la metalexigrafía especializada, diccionarios terminológicos, siglo XIX, Manuel Hurtado de Mendoza.

ABSTRACT: From the early nineteenth century, Spanish physicians started to sense a «threat» to the language of medicine which they used, due in part to the large number

---

\* La investigación necesaria para llevar a cabo este trabajo se ha financiado con la ayuda del Ministerio de Educación y Ciencia FFI2011-23200 al proyecto «Lexicografía y Ciencia: otras fuentes para el estudio histórico del léxico especializado y análisis de las voces que contienen».

of foreign terms they were forced to import from other languages, particularly French. Many voices emerged to denounce this situation and propose potential solutions such as those which would be derived from the creation of a terminological dictionary which would fix precise meanings for medical terms. It was Manuel Hurtado de Mendoza who eventually dared to take on this task and develop the first modern terminological dictionary of medicine in Spanish. The intention of this paper is to present from a philological viewpoint the process by which a lexicographical work that deserves to be better known and used in studies on historical lexicography came to be constructed.

*Keywords:* history of specialized meta-lexicography, terminological dictionaries, nineteenth century, Manuel Hurtado de Mendoza.

## 1. INTRODUCCIÓN

Poco a poco vamos teniendo noticia de algunos de los repertorios lexicográficos que se fueron elaborando en el pasado, en las diversas áreas de la ciencia o de la técnica. Pero para que tales repertorios tengan una utilidad que vaya más allá del simple conocimiento de su existencia y se les pueda sacar todo el partido posible en la realización de trabajos posteriores, no basta con que se haga de ellos una mera catalogación, sino que deben someterse a un análisis filológico e histórico, que nos permita conocer cómo y por qué se compusieron y nos proporcione vías para su correcta interpretación. En este sentido, no es lo mismo que el autor de uno de esos repertorios incluyera en su obra únicamente tecnicismos o que en ella también encontraran cabida las palabras del lenguaje común. Como no lo es tampoco, por poner solo un par de ejemplos, que lo confeccionara por simple adición de palabras, sin ningún proyecto previo conocido, o tomara como base alguna obra anterior, propia o ajena. Con el fin, pues, de proporcionar las bases filológicas que permitan su aprovechamiento lexicográfico, vamos a acercarnos al primer diccionario terminológico de medicina moderno, redactado en la primera mitad del siglo XIX. Un diccionario fundamental por los datos que aporta en el ámbito del español especializado para conocer la introducción de determinados términos en nuestra lengua, su competencia con otros, sus posibles cambios de significado, sus sinónimos especializados y vulgares, etc. Presentaremos en primer lugar el contexto lingüístico e histórico en el que surgió, para estudiar, a continuación, su estructura, el modo como se redactó y la información lexicográfica que proporciona.

## 2. LOS PROBLEMAS DEL LENGUAJE MÉDICO DECIMONÓNICO: CAUSAS DE UNA SITUACIÓN INQUIETANTE

Desde el siglo XVI hasta el presente se han ido enfrentando las principales lenguas de cultura para lograr situarse en el lugar que en el pasado ocupó el latín como lengua universal de la ciencia. Esa vocación de universalidad (protagonizada particularmente por el francés en los siglos XVIII y XIX) tiene relación con la situación política, económica y social de las lenguas o, mejor, de las colectividades que las hablan, que tratan de llevar la voz cantante en lo referente al avance del conocimiento. En contraposición a esto, los países (y las correspondientes lenguas) que están fuera de esta posición preeminente tienen que adaptarse a la capacidad expansiva de los otros. Es lo que sucedió con España, donde la situación durante parte del siglo XVIII y todo el XIX no fue la idónea ni para que se produjera un desarrollo original de la ciencia en la mayoría de sus ámbitos (aunque no en todos), ni para que el castellano pudiera considerarse una lengua relevante para la expresión científica, lejana ya su gran época de esplendor del periodo renacentista. Se vio obligado nuestro país a importar conocimientos y textos procedentes de otros lugares, con la consiguiente colonización que esto supondría para nuestros presupuestos científicos:

¿Y en qué ciencia deberémos guardar mas miramiento que en una, cuyo estudio se hace tanto tiempo ha por las traducciones monstruosas de obras extranjeras? ¿Es que es tan escaso el número de escritores originales?<sup>1</sup>

Pero esa colonización se ejerció también sobre nuestra lengua, con poca capacidad para resistirse a la influencia que otras más fuertes ejercían mediante las traducciones. Unas traducciones, con frecuencia apresuradas, a través de las que se perpetraba la invasión continua de extranjerismos, cuyas «malas» consecuencias iban más allá:

Las traducciones por buenas que sean, son como los tapices, en cuyo reverso siempre se echan de ver los nudos y las hilachas. Mas los defectos que regularmente se notan en las traducciones y sus mayores dificultades consisten en la propiedad y pureza de la dición, estilo y lenguaje en los modismos, en la semejanza y fuerza de las imágenes y espresiones, y en una palabra en lo perteneciente á la parte literaria, mas bien que en lo que respecta á la parte científica<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Tomás García Suelto, «Consideraciones sobre la crítica del nuevo Diccionario de la medicina inserta en el Diario de Madrid», *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*, 8, 22, 1805, págs. 243-246, en concreto pág. 244.

<sup>2</sup> José Antonio Piquer, *Bosquejo del estado del arte de curar y de sus profesores en España, y proyecto de un plan para su general reforma*, Madrid, J. B. Gimeno, 1836, pág. 57.

Sin embargo, con ser grave lo anterior, los males del lenguaje médico español no derivaban tan sólo de las influencias negativas ejercidas por otras lenguas, sino que como el francés, el inglés o el alemán, presentaba además una serie de problemas comunes, resultado de la manera como se había ido formando a lo largo de la historia: sin una planificación de las designaciones que hubiera permitido crear un lenguaje formal al servicio de la argumentación científica. Por el contrario, la acuñación de vocablos durante siglos, como una mera ampliación del léxico común a medida que se producían los nuevos descubrimientos científicos, había traído como consecuencia una terminología heterogénea, preñada de voces construidas por distintos procedimientos, de orígenes diversos. Voces entre las que algunas estaban vacías de contenido, otras lo habían ido cambiando con el paso del tiempo y con el derrocamiento de las hipótesis que las originaron, términos polisémicos, sinonímicos y eponímicos; todo lo cual atentaba directamente contra la precisión y la claridad exigibles al lenguaje científico:

La plaga de voces bárbaras, mestizas, insignificantes y arbitrarias que infestan los libros y conversaciones de los profesores y escritores, han llegado á desfigurar el lenguaje de la medicina en términos que este es una algaravía para el público, y un guirigay para entre los mismos facultativos; de modo que ni las jentes nos entienden, ni nosotros nos podemos ya entender<sup>3</sup>.

En el capítulo III de su *Tratado completo de patología general*, dedicado a la nomenclatura de las enfermedades, su sinonimia y etimología, Auguste François Chomel, deja constancia de ello de forma bastante expresiva: «No hay quizá ninguna ciencia que tenga una nomenclatura tan defectuosa como la patología», porque no ha sabido sustituir las primeras denominaciones acuñadas por otras nuevas, establecidas sobre «más regulares fundamentos». Y añade, refiriéndose al procedimiento por el que se han originado los nombres de las enfermedades:

unas veces se han designado conforme á su *sitio* conocido ó presunto [...]; otras con arreglo á las *causas* que las producen [...]; algunas veces segun los *lugares* y las *estaciones* en que se declaran [...]; en otras circunstancias, en atencion al punto de donde son *originarias* [...]; segun el nombre de los pueblos que las han *trasmitido* [...]; por el nombre del *animal* que la comunica [...]; otras veces en razon de uno de los *síntomas* principales [...]. Otras enfermedades han tomado nombres relativos á su *curso* ó á su *duracion*. [...] Algunas denominaciones dan á conocer la *clase de alteracion orgánica* que constituye la enfermedad [...]; y otras en fin traen á la memoria el *nombre del médico* que las ha descrito. [...] Por esta corta reseña ya se advierte que no se ha observado ninguna regla en la eleccion de los nombres con que se

<sup>3</sup> *Ibíd.*, pág. 60.

han descrito las enfermedades, y que la nomenclatura patológica presenta muchas incoherencias. Pero tiene además otro inconveniente mas grave, y es que muchas denominaciones son falsas y de consiguiente aptas á inducirnos a error [...]»<sup>4</sup>.

Este caos, perfectamente comprensible y asumible en el uso coloquial de una lengua no resultaba aceptable en el caso del lenguaje científico, con independencia de la lengua concreta utilizada. Lo que explica que empezaran a surgir propuestas para poner orden en él, a partir, sobre todo, del siglo XVIII, en que aparecieron las nuevas nomenclaturas y clasificaciones en otras áreas de la ciencia, como la química o la botánica. Fue precisamente en ese contexto en el que François Boissier de la Croix de Sauvages proyectó una clasificación de las enfermedades de acuerdo con el método botánico en su *Nosologia methodica*<sup>5</sup>, publicada en 1763. A él le seguirían otros, antes de terminar el propio siglo XVIII y a lo largo del XIX<sup>6</sup>.

### 3. ALGUNAS PROPUESTAS DE SOLUCIÓN

En el caso de España, a los males generalizados que presentaba la lengua de la medicina en todos los países, se añadía como adelantábamos, la invasión de neologismos. Razones por las que, según ponen de manifiesto las quejas de los profesionales de la medicina, nuestro lenguaje médico corría por entonces un «inmenso peligro», plagado como estaba de «voces arbitrarias, desconocidas, vulgares y provinciales»<sup>7</sup>. La preocupación por su estado se había manifestado desde los inicios mismos de la centuria; y no faltaron respuestas de diversa índole que buscaban, si no atajar los problemas que presentaba, al menos contenerlos. Uno de los primeros en ocuparse del asunto fue el médico ilustrado barcelonés Francisco Salvá y Campillo (1751-1828), quien en octubre de 1807 pronunciaba un *Discurso sobre la necesidad de reformar los nombres de los morbos, y plan para hacerlo*, con motivo de la apertura de curso de la Cátedra

<sup>4</sup> Auguste François Chomel, *Tratado completo de patología general. Nueva traducción castellana de la 3ª edición refundida por él mismo*, Madrid, Calleja, 1843, págs. 20-21.

<sup>5</sup> François B. Sauvages, *Nosologia methodica sistens morborum classes, genera et species, juxta Sydenhami mentem et Botanicorum ordinem*, 5 vols., Amsterdam, Frères De Tournes, 1763. Pocos años más tarde, apareció corregida y aumentada, en francés: François B. Sauvages, *Nosologie méthodique, dans laquelle les maladies sont rangées par classes, suivant le système de Sydenham, & l'ordre des botanistes*, 10 vols, Paris, Hérisant le fils, 1771.

<sup>6</sup> Para otras propuestas de normalización en el ámbito médico, *vid.* Bertha M. Gutiérrez Rodilla, *La Ciencia empieza en la palabra. Análisis e historia del lenguaje científico*, Barcelona, Península, 1998, págs. 217-220 y la bibliografía que allí se incluye.

<sup>7</sup> José Antonio Piquer, *Bosquejo del estado del arte de curar...*, cit., pág. 61.

de medicina práctica de Barcelona<sup>8</sup>. En dicho discurso, Salvá presentaba una cuidada propuesta (bastante utópica, por lo demás) de reforma de los nombres de las enfermedades, dividida en dos partes, que se inspiraba, como él mismo lo reconoce, en el *Método de nomenclatura química*, de Morveau, Lavoisier, Bertholet y Fourcroy. En la primera parte, analizaba la *Nosologia methodica* de Sauvages, a la que ya hemos aludido, cuyos principios generales compartía: las denominaciones debían ser concisas, intentando eliminar las formas polivalentes y los sinónimos y sustituyendo por palabras griegas o latinas las que no lo fueran. A pesar de ello, la obra de Sauvages no le convencía, pues incluía

las figuras retóricas del lenguaje de los poetas y oradores, que trabajan más en agradar a los oídos, que en hablar con exactitud matemática, [exactitud de la que] no deben separarse las ciencias graves y serias, como la medicina<sup>9</sup>.

Por otro lado, en opinión de Salvá, Sauvages no había cumplido en su nomenclatura las normas que él mismo proponía, por lo que incluso esa nomenclatura necesitaba reformarse<sup>10</sup>. Su discurso ponía así de manifiesto todas sus debilidades; unas debilidades que se hacían especialmente evidentes cuando, a partir de las normas recomendadas por el autor, se intentaba pasar de la teoría a la práctica. Así, por poner ahora solo un ejemplo, reprochaba a Sauvages que, en virtud de la primera regla de su nosología, que descartaba las voces que llamaba «psicológicas», propusiera la sustitución de algunas como *appetitus defectus*, *passio iliaca* o *furor uterinus*, por *anorexia*, *ileus* o *nymphomania*. Y se lo reprochaba porque, razonaba Salvá:

*anorexia* es término griego, compuesto de *an* y *orexis*, esto es *non appetitus*, luego si por ser voz psicológica *apetito*, no ha de recibirse *appetitus defectus*, tampoco *anorexia*, que significa lo mismo<sup>11</sup>.

En la segunda parte de su discurso, proponía el médico catalán (y algo tendría que ver en ello su apego a la enseñanza clínica que defendió vehementemente) una nomenclatura «nosológica sintomática», en la que reducía todas las enfermedades a doce clases, que se deben denominar con términos griegos, casi todos conocidos y usados de los médicos: *oncos* (tumor), *aides* (deforme), *pir* (fiebre), *itis* (inflamación), *spasmos* (espasmo), *dispnoea* (jadeo), *amenos* (debilidad), *algia* (dolor), *vesania* (error de cabeza), *rhoea* (flujo), *exia* (síntomas visibles), *pachos* (volumen). Estas doce clases, de acuerdo con los principios de

<sup>8</sup> Francisco Salvá y Campillo, *Discurso sobre la necesidad de reformar los nombres de los morbos, y plan para hacerlo: leído en la abertura del curso médico práctico de la Real Escuela de Medicina Clínica de Barcelona en el 3 de octubre de 1807*, Barcelona, M. Texéro, 1807.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, pág. 8.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, pág. 16.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, pág. 5.

la clasificación botánica, se dividían en órdenes que, a su vez, lo hacían en géneros. Así, por ejemplo, dentro de la tercera clase, que era la de las fiebres (*pir*), habría tres órdenes: *isopir* (fiebres iguales), *anisopir* (fiebres desiguales o con accesiones) y *dialeipopir* (fiebres intermitentes). Y, dentro del primer orden de la tercera clase, nos encontraríamos, por ejemplo, el género *isotachipir*, cuyo nombre estaría compuesto por el prefijo *iso-* correspondiente al primer orden y la desinencia *-pir*, propia de la tercera clase, más la parte central *tachi*, ligada al primer género de este orden y de esta clase, que englobaba a todas las fiebres continuas breves (*iso tachi pir*, «igual», «breve», «calentura»). Es decir, el nombre completo de las enfermedades estaría compuesto por un prefijo dependiente del orden; una desinencia, que correspondería a la clase; y una parte central, que se relacionaría con el género.

A nadie se le escapa lo complicado que era poner en práctica el método de Salvá, amén de las dificultades que entrañaba que los profesionales de la medicina aceptaran este sistema de designación. Por lo que sobra decir que, a pesar de sus buenos propósitos, no consiguió (como tampoco lo haría Sauvages en su momento) reformar el lenguaje de la medicina mediante una nomenclatura estable que gozara de consenso universal. Pero, a juzgar por los artículos aparecidos en la prensa especializada reclamando una actuación eficaz sobre dicho lenguaje, la situación seguía sin mejorar a medida que avanzaba la centuria. Valgan como ejemplo los publicados entre 1838 y 1839 en varios números del *Boletín de Medicina, Cirujía y Farmacia*, bajo el título «Necesidad de rectificar el lenguaje médico», firmados por el entonces joven galeno palentino Matías Nieto Serrano (1813-1902), que más tarde compondría varias obras, entre las que se encuentran algunas de indudable interés lexicográfico, como un *Ensayo de Enciclopedia filosófica* y un *Diccionario crítico biológico*<sup>12</sup>. En el primero de tales artículos deja constancia de su opinión al respecto, lo que le sirve además para justificar su serie:

en medicina es tal vez donde mas oscuridad y mas errores se observan á consecuencia del sucesivo trastorno que ha ido sufriendo el valor de las voces, y los distintos y á veces opuestos sentidos en que las han tomado los autores que se han valido de ellas. En medicina, pues, deben examinarse las palabras cuya significacion no es evidente con la prolijidad y el esmero que merece la importancia del asunto, y aunque esta es una verdad ya varias veces emitida, como no se ha adoptado jeneralmente en términos de que se

<sup>12</sup> Matías Nieto Serrano, *Bosquejo de la ciencia viviente: ensayo de Enciclopedia filosófica*, Madrid, Impr. de Rojas y CIA, 1867 y *Diccionario crítico-biológico: Estudio de palabras del idioma castellano relacionadas 1º Con lo que suenan 2º Con otras palabras de la misma ó de distinta lengua. 3º Con el significado que les dá el uso. 4º Con el significado que deben tener relacionadas convenientemente*, Madrid, Est. tip. de E. Teodoro, 1901.

conozca una mejora radical [...], juzgamos que no estará por demás llamar sobre este punto la atención de los profesores<sup>13</sup>.

A partir de ahí, intentará probar que es la falta de conocimiento sobre la materia de estudio de que se trate en cada caso la que condena a no poder disponer más que de un lenguaje defectuoso, para lo que se servirá del análisis de determinadas palabras y expresiones (*vida, propiedades vitales, debilidad o irritación*), tanto desde un punto de vista lingüístico como filosófico<sup>14</sup>.

Aunque, como lo estamos señalando, no faltaban intentos (la mayoría frustrados) de solucionar el problema, continuaba el avance imparable de la medicina y la situación era cada vez más grave y angustiosa para los médicos españoles, al menos para los más sensibles hacia los asuntos lingüísticos. De ahí que algunos comenzaran a reclamar poder contar con un buen diccionario terminológico médico, con el que «conjurar» el peligro inminente que acechaba a nuestro lenguaje, mediante la fijación de los significados de ese sinnúmero de nuevos términos surgidos por doquier:

Son de una necesidad tan absoluta los diccionarios explicativos de las palabras técnicas en todas las ciencias y artes, que sin su auxilio no serían más que incertidumbre y obscuridad los primeros pasos en el estudio de cada una. Pero todavía se hace más indispensable dicha necesidad en la ciencia de curar en la cual parece se complacen sus profesores ya en inventar cada día términos nuevos, ó ya en cambiar la significación de los antiguos. [...] La mayor parte de las discusiones que han retardado ó suspendido, más bien que acelerado los progresos del arte de curar, se habrían terminado más pronto, ó acaso no se habrían verificado, si los que las han suscitado hubiesen tenido la buena fé de definir las palabras de que usaban<sup>15</sup>.

Una fijación que además permitiera diferenciar claramente los nuevos significados de aquellos otros más antiguos, consolidados por el uso durante mucho tiempo. Aunque se trataba de un proyecto difícil de conseguir, había quien pensaba que no era del todo inalcanzable, como lo expresa José Antonio Piquer:

necesitamos [...] un diccionario de voces técnicas españolizadas filosóficamente, y no es imposible lograrlo: bien que sea esta obra difícil, y que exija mucho tiempo, hombres de vastos conocimientos y delicado juicio, y una reunión de circunstancias favorables<sup>16</sup>.

<sup>13</sup> Matías Nieto Serrano, «Necesidad de perfeccionar el lenguaje médico», *Boletín de Medicina, Cirugía y Farmacia*, 5, 182, 1838, págs. 9-12, concretamente págs. 9-10.

<sup>14</sup> Hasta tal punto llega a ser importante la aproximación filosófica de Serrano, que la serie dedicada al lenguaje médico terminaría situándose bajo el epígrafe «Filosofía médica» de la revista.

<sup>15</sup> Manuel Hurtado de Mendoza, *Vocabulario médico-quirúrgico, o Diccionario de Medicina y Cirugía, que comprende la etimología y definición de todos los terminos usados en estas dos ciencias por los autores antiguos y modernos*, Madrid, Boix, 1840, págs. V-VI.

<sup>16</sup> José Antonio Piquer, *Bosquejo del estado del arte de curar...*, cit., pág. 62.

Pero esa «reunión de circunstancias favorables» lamentablemente no era fácil que se diera en España, pues nos diferenciaba de otros países europeos, especialmente de Francia, no solo el distinto nivel de la investigación médica llevada a cabo, sino otro hecho fundamental, ligado al escaso o nulo apoyo institucional que había aquí para sacar adelante cualquier proyecto lexicográfico. En contraste con lo acaecido en el país vecino, las empresas lexicográficas españolas del ámbito médico no contaron con una infraestructura adecuada a la magnitud de la tarea, ni consiguieron tampoco el apoyo de las instituciones, academias o sociedades que podrían haber hecho que prosperaran. De ahí que nuestros diccionarios originales fueran en general obras individuales, sacadas adelante únicamente por el esfuerzo y tesón de sus autores, que debieron enfrentarse a multitud de dificultades para conseguirlo. Entre ellos destacó Manuel Hurtado de Mendoza, tanto por el entusiasmo y esfuerzo con que confeccionó su obra como por la dimensión de la misma: tres compendios lexicográficos, dos de ellos de tipo enciclopédico (en los que aquí no entraremos) y un vocabulario terminológico, del que nos ocupamos a continuación<sup>17</sup>.

#### 4. EL DICCIONARIO TERMINOLÓGICO DE HURTADO DE MENDOZA

Manuel Hurtado de Mendoza (1785-1849) fue sin duda una de las figuras más interesantes del empobrecido panorama médico español de la primera mitad del siglo XIX, gracias a sus aportaciones al ámbito de la anatomía<sup>18</sup> y a la introducción en nuestro país de algunas novedades y corrientes europeas<sup>19</sup>. Su estancia en París (por entonces en la vanguardia de la renovación científica), donde se exiló al acabar la Guerra de la Independencia, le sirvió para completar su formación junto a figuras como Esquirol, Pinel, Récamier y sobre todo el controvertido Broussais, de cuyo sistema médico (el brusismo) sería infatigable defensor y difusor<sup>20</sup>. Como le sirvió igualmente para entrar en contacto con los

<sup>17</sup> Estudiamos los dos repertorios enciclopédicos en Bertha M. Gutiérrez Rodilla, «La obra lexicográfica de Manuel Hurtado de Mendoza: sus diccionarios enciclopédicos de medicina», *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, vol. LXIV, 2, julio-diciembre, 2012, págs. 467-490.

<sup>18</sup> Vid. al respecto José Aréchaga Martínez, *La anatomía española de la primera mitad del siglo XIX*, Granada, Universidad de Granada, 1977, págs. 31-101; o Juan Riera Palmero, «La obra anatómica de Hurtado de Mendoza», *Cuadernos de Historia de la Medicina Española*, 9, 1970, págs. 197-229.

<sup>19</sup> Para una primera aproximación a este autor puede consultarse José María López Piñero, «Hurtado de Mendoza, Manuel», en J. M. López Piñero, T. G. Glick, V. Navarro y E. Portela, *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*, I, Barcelona, Península, 1983, págs. 463-465 y la bibliografía que se cita. También allí se encuentran las referencias completas de las obras originales y traducidas de Hurtado.

<sup>20</sup> Analizado por Miqueo en varios trabajos, particularmente en Consuelo Miqueo, «Estudio de una revista: *Décadas Médico-Quirúrgicas* (1821-1828)», *Asclepio*, 41, 1989, págs. 93-130; o

avances más novedosos producidos en el ámbito de la medicina y para iniciar una brillante carrera reflejada en los trabajos suyos que aparecieron en diversas revistas francesas, alguno de los cuáles se traduciría al alemán. De vuelta de su exilio, instalado en Madrid desde 1820, publicó un elevado número de libros, así como 20 volúmenes de la revista *Décadas Médico-Quirúrgicas [y farmacéuticas]* (1821-1828), fundada por él. Entre esos libros, originales y traducidos, estos últimos fueron particularmente importantes, pues con ellos contribuyó de modo decisivo a la difusión de la nueva medicina europea y a la renovación de los saberes médicos en España en la primera mitad de la centuria. En concreto, su obra supuso la introducción definitiva de la mentalidad anatomoclínica en España y el inicio en este país de su desarrollo de forma sistemática<sup>21</sup>. La misma función de vehículo desempeñó su revista, en la que se hizo eco de las novedades europeas más importante de la época, especialmente del brusismo, del que terminó convirtiéndose en su portavoz en España<sup>22</sup>.

Dada su trayectoria profesional y espíritu inquieto, siempre a la búsqueda de novedades y dispuesto a afrontar grandes tareas, por más penosas o duras que pudieran resultar, no sorprende que se atreviera a recoger el guante (al que aludíamos más atrás) arrojado por Piquer y asumiera en solitario la elaboración de ese vocabulario médico que tanta falta hacía y cuya realización no amparaba ninguna institución. Aunque no deja de ser llamativo que fuera él precisamente quien lo hiciera, ya que Piquer era uno de los médicos españoles que se había opuesto a la doctrina brusista, introducida en España por Hurtado como ya sabemos, y ambos habían mantenido años atrás una agria polémica al respecto. En cualquier caso, Hurtado parecía convencido de la necesidad que la medicina tenía de reformar su lenguaje y de que el paso previo para poder conseguirlo era contar con un diccionario de estas características:

se exige una reforma en el language médico por hallarse tan lejos todavía de estar fijado; pero antes de poderla intentar, es necesario reunir todas las palabras que éste comprende y fijar su sentido, para que se haga con mas felicidad y seguridad su eleccion<sup>23</sup>.

Como lo estaba igualmente de la utilidad práctica de su obra tanto para los profesionales de la medicina como para los estudiantes de la misma:

---

«La introducción y difusión del brusismo en España», en E. Arquiola y J. Martínez Pérez, coords., *Ciencia en expansión. Estudios sobre la difusión de las ideas científicas y médicas en España (s. XVIII-XX)*, Madrid, Editorial Complutense, 1995, págs. 159-180.

<sup>21</sup> Juan Riera Palmero, «La obra anatómica de Hurtado de Mendoza», cit., pág. 200.

<sup>22</sup> Consuelo Miqueo, «Estudio de una revista...», cit., pág. 101. Un sistema al que permanecería fiel aun después de que se rechazara en otros lugares. *Vid.*, al respecto, los trabajos ya citados de Miqueo en nota 20.

<sup>23</sup> Manuel Hurtado de Mendoza, *Vocabulario médico-quirúrgico...*, cit., pág. VI.

Nos parece que el emprender semejante trabajo será tan útil á la ciencia, como á los estudiantes, y aun á los prácticos, que, á cada momento, experimentan la necesidad de buscar la significacion de las palabras cuyo valor vulgar ó ignoran, ó jamas las ha oido pronunciar<sup>24</sup>.

Un grupo, el de los estudiantes, al que no se dirigía por vez primera (a pesar de no haber ejercido como profesor universitario ni de los Colegios de Cirugía), pues tan solo un año antes de publicar el vocabulario, habían visto la luz sus *Instituciones de medicina y cirugía o Curso completo aunque abreviado de estudios médicos y quirúrgicos*, en las que trataba de reunir lo más importante de lo que se les requería a los estudiantes,

no solamente para pasar con aprovechamiento de un curso á otro, sino tambien para poder dedicarse despues con ventaja á la practica y á la lectura de las obras clásicas ó magistrales<sup>25</sup>.

Teniendo en cuenta la proximidad en el tiempo de la aparición de las dos obras y que en ambos casos su autor insiste en la utilidad que tendrán tanto para la práctica de la medicina como para la lectura con aprovechamiento de los textos clásicos, no parece descabellado pensar que formaran parte de un mismo proyecto, relacionado una vez más (como lo fueron los que acometió veinte años antes, como su revista *Décadas* o su diccionario enciclopédico de medicina) con la elaboración de instrumentos que permitieran difundir conocimientos médicos de manera fácil y ágil, así como facilitar el acceso a los mismos.

Tampoco era la primera ocasión en que el entusiasta Hurtado se lanzaba a una empresa semejante, ni sería la última en que lo hiciera: como hemos adelantado, veinte años antes había publicado un diccionario enciclopédico general de medicina, que le sería de gran utilidad en la confección de este vocabulario que ahora nos interesa, como enseguida veremos; y tan solo tres años después de que el vocabulario viera la luz, también la vería un diccionario enciclopédico de terapéutica, que se reimprimiría poco más tarde, como último eslabón de la prolífica carrera de este autor. A diferencia de lo que pretendía con esos dos repertorios enciclopédicos<sup>26</sup>, los fines de Hurtado en esta ocasión no se dirigían

<sup>24</sup> *Ibíd.*

<sup>25</sup> Manuel Hurtado de Mendoza, *Instituciones de medicina y cirugía o Curso completo aunque abreviado de estudios médicos y quirúrgicos con arreglo al plan de estudios aprobado por S.M., Tomo I, La anatomía, la fisiología y la higiene*, Madrid [s. l.], Imp. de Sanchiz [s. n.], 1839, prólogo (s. p.).

<sup>26</sup> Manuel Hurtado de Mendoza y Celedonio Martínez Caballero, *Diccionario de Medicina y Cirugía o Suplemento al Diccionario de Antonio de Ballano*, 3 tomos en 4 vols., Madrid, Viuda de Barco López /Brugada, 1820-1823 y Manuel Hurtado de Mendoza, *Enciclopedia de terapéutica ó tratado de terapéutica especial, médica y quirúrgica, en el cual se exponen por orden alfabético todos los adelantamientos que ha hecho hasta el dia esta parte la mas importante de la ciencia de curar. Coleccion puramente práctica y de una aplicacion inmediata á la cabecera de los enfermos*, 3 vols., Madrid, J. Viana Razola, 1843.

a la introducción en España de las teorías médicas más importantes del momento o los avances más notables en el dominio de la terapéutica (como ya hemos visto que persiguió en otras ocasiones), sino a registrar y definir las voces propias de la medicina:

este trabajo tiene por objeto limitarnos á la formacion de un simple vocabulario ó diccionario tecnológico que comprenda solamente la etimología y definicion de todos los términos de medicina y cirugía, pero suficiente para vencer las dificultades que puedan presentar en la lectura ó estudio de todo lo que se haya escrito desde Hipócrates hasta el dia, y superar los obstáculos anejos á la mudanza del language científico, el cual tiene sus revoluciones como el language ó idioma vulgar<sup>27</sup>.

Se trataba de un plan ambicioso, el diseñado por el autor del primero de nuestros diccionarios terminológicos modernos, especificado con toda minuciosidad al inicio de la obra:

El objeto que nos hemos propuesto en este nuevo Vocabulario ha sido el de reunir, en cuanto ha sido posible todos los términos relativos á la medicina y cirugía que se hallan en las obras médicas y quirúrgicas de todas las épocas, de todas las escuelas y de todas las sectas; presentar su etimología, é indicar su acepcion primitiva, y despues las que les han dado uno ó muchos autores: y por consiguiente dar á conocer el valor actual y antiguo de cada espresion del vocabulario médico; señalar con cuidado los muchos é importantes cambios que introduce diariamente en el lenguaje médico la aplicacion de la fisiología á la patología; poner un cuidado particular en fijar el sentido de las palabras mas usadas y sin las cuales no se puede hablar ni escribir en medicina, á fin de no imprimir mas que ideas justas en el entendimiento de los discípulos y prácticos, á quienes deseamos presentar una guia indispensable y segura para estudiar todos los autores tanto antiguos como modernos<sup>28</sup>

Y el resultado fue un compendio de 745 páginas, más otras 7 dedicadas a suplemento, publicado en 1840, único de entre los repertorios españoles de este siglo que conseguiría figurar en la selecta relación de diccionarios médicos elaborada por los exigentes Déchambre y Lereboullet<sup>29</sup>.

#### 4.1. Estructura, contenido y método de elaboración del vocabulario

Quien haya tenido delante el *Vocabulario* de Manuel Hurtado y su *Diccionario enciclopédico de medicina* y los haya comparado, enseguida se habrá

<sup>27</sup> Manuel Hurtado de Mendoza, *Vocabulario médico-quirúrgico...*, cit., pág. VII.

<sup>28</sup> *Ibíd.*, págs. VI-VII.

<sup>29</sup> Amédée Dechambre y Léon Lereboullet, dirs., *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, 100 vols., Paris, Masson, 1864-1889, I, pág. XLIV.

dado cuenta de que su autor tenía muy claras las diferencias que debían existir entre un repertorio enciclopédico y uno terminológico. La más evidente, la de la extensión. Y así, mientras que su obra enciclopédica cuenta con 3 tomos, organizados en 4 volúmenes, que suman en total 2.460 páginas, su vocabulario tiene un solo volumen, con 752 páginas. La relación con el número de entradas de cada uno es, sin embargo, justamente la inversa: frente a los 3.500 artículos de la obra enciclopédica, el vocabulario allega más de 13.000 términos. Por ejemplo, en las 15 primeras páginas de este se recogen 195 voces, que van desde la A hasta la ACI; los artículos que empiezan por esta combinación en la enciclopedia, que ocupan 50 páginas, son 32. Lógicamente para que esto sea posible, la definición de tales términos ocupa en el caso del diccionario terminológico unas pocas líneas, frente a las varias páginas que se le dedica a muchos de esos mismos términos en el enciclopédico.

Ciñéndonos al *Vocabulario*, que es el que aquí nos importa, las voces que comienzan por las letras C, A, E, D y P son las más numerosas y ocupan, por tanto, mayor número de páginas: 140, 117, 96, 53 y 51 respectivamente. Para el resto de las letras, la distribución de mayor a menor, es la que sigue: M (33), S (29), H (28), B (24), F e I (22 cada una), L y T (20 cada una), O (19), G y R (15 cada una), V (13), N (12), U y Q (3 cada una), Z (1.5) y J, K, W, X, e Y (una página, o menos). En cuanto a la definición de esas voces, ya lo hemos adelantado, es generalmente escueta y suele incluir la procedencia lingüística de la palabra, una breve información gramatical (sustantivo masculino o femenino, adjetivo...), así como una marca que hace referencia al área de la medicina a la que pertenece (*anat.*, *art. de recet.*, *art. obstet.*, *cirug. instrum.*, *farm.*, *fisiol.*, *hig.*, *mat. méd.*, *med. antig.*, *medic. operat.*, *patol.*, *semiol.*, *terap.*, entre otras). En unas ocasiones se proporcionan detalles de la forma o de la función del órgano, objeto o concepto de que se trate, mientras que en otras se facilitan detalles referentes a la alteración patológica que puede sufrir, si se trata de un órgano o parte de él, o a la utilidad que puede tener, si fuera un objeto, instrumento o sustancia (uso quirúrgico, aplicación terapéutica, etc.). Tratamos de ilustrar lo señalado con unos pocos ejemplos:

AAVORA s. f. (*mat. méd.*) *Aavora*. Nombre que se da al fruto de una especie de palmera de América y de África del tamaño de un huevo de gallina, dentro de cuyo hueso se halla una almendra alabada como un buen astringente en las diarreas y hemorragias.

ALGALIA s. m. (*cirug. inst.*) Palabra de origen árabe, que designa una sonda, especialmente una sonda hueca.

ANARREA Ó ANARROPIA s. f. (*patol.*) *Anarrhea*. Del griego *ana* hacia arriba, y de *repo* dirigirse. Especie de fluxion, ó dirección de humores de las partes inferiores del cuerpo hácia las superiores. Es lo contrario de *Catarrophia*.

CATERESIS s. f. (*patol.*) *Catheresis*. Con esta palabra, derivada de la voz griega *cathairesis*, sustracción; se indica la estenuación, que es debida al ejercicio excesivo, y que no depende de evacuación alguna artificial, como sangrias, purgantes, etc.

CHLIASMA (*terap.*) Voz griega que significa fomentación tibia y húmeda.

CRÓNICO adj. (*patol. gen.*) *Cronicus*. Se llaman enfermedades crónicas (*morbi chronici*) aquellas cuya duración es larga y cuyos síntomas se desarrollan y se suceden con lentitud. Esta denominación es opuesta a la de *agudas*. Véase *Enfermedades agudas*.

ESTORNUDO s. m. (*fisiol.*) *Stornutatio, stornutamentum*. Es una espiración convulsiva, violenta, sonora y repentina, con un sacudimiento más o menos vivo de la cabeza y del tronco, y con expulsión del moco que barniza las fosas nasales, precediendo siempre sensación de cosquilleo en la membrana pituitaria que se propaga simpáticamente a la región precordial.

PENETRANTE adj. *Penetrans*. Adjetivo de que se vale la cirugía para designar ciertas heridas que penetran en lo interior de las cavidades, y que por lo común se hacen con instrumentos punzantes.

PIAN. Esta palabra que, en el lenguaje de los negros, significa fresa, designa una especie de *framboesia*, enfermedad caracterizada por tumores que tienen la figura de fresas ó frambuesas que se forman en la superficie de la piel, y en las partes genitales, se ulceran poniendo al enfermo en un estado de marasmo. Esta enfermedad reina en la Guinea y en América, donde se cree que es contagiosa.

ZUMBIDO DE OIDOS. s. m. *Tinnitus aurium*. Se da este nombre a una sensación de un ruido que realmente no existe, la cual puede depender de una lesión del nervio auditivo; pero lo más comúnmente es efecto de un estado morboso del cerebro, en cuyo caso es una verdadera alucinación.

A diferencia de lo que se observa en cualquier diccionario enciclopédico de medicina de la época (incluido el del propio Manuel Hurtado), en los que las referencias a autores son frecuentísimas y constantes, tanto para apoyar las argumentaciones que se barajan en esos repertorios como para rebatirlas, en este *Vocabulario* tales referencias son escasas, aunque se encuentren algunas, como es el caso de Alibert, Avicena, Bichat, Boerhaave, Celso, Dioscórides, Galeno, Hipócrates, Linneo, Pinel, Plinio, Sauvages, Vogel o Winslow. Nombres que pertenecen, tanto a las primeras épocas de la medicina científica como a las más posteriores y aun a las más recientes, incluida la primera mitad del siglo XIX. De todos modos, en ningún caso se hace mención a obras concretas, ni tampoco se brinda más información relacionada con el autor que su propio nombre (salvo una excepción, que es la entrada *Galeno*, dedicada a este autor), como muestran los siguientes ejemplos:

ALOGANDROMELIA s. f. (*monstruos*). *Alogandromelia*. Nombre con que el célebre profesor de Padua Malacarne ha designado en su clasificación de monstruos humanos, la clase 15ª [...]

DECUSACION s. f. (*anat.*) *Decussatio*. Entrecruzamiento en forma de X. Se emplea en anatomía para indicar la decusación de los nervios cerebrales; la cual está suficientemente demostrada por algunos anatómicos, y con especialidad por el Doctor Gall.

EROCIA s. f. Este es el nombre con que designa Chaussier en su tabla sinóptica de las funciones, á la necesidad de la cópula.

LAPACTICOS adj. *Lapactica*. Nombre que Galeno y los antiguos dan á los remedios purgantes.

PARACENTERION. Nombre dado por Woolhouse y otros á un pequeño trocar empleado por Nuck para la punción del ojo afectado de hidropesía ó hidroftamia

ZARATAN s. m. Palabra árabe, usada por Avicena, y conservada por el vulgo, para designar el escirro ó cancer de los pechos.

Sí se aportan, no obstante, unas pocas entradas eponímicas (referidas sobre todo a entidades anatómicas y a unos cuantos tipos de elixires), más frecuentes en la última parte del repertorio: *Achiles (Tendon de)*, *Botal (agujero de)*, *Colirio de Lancfranc*, *Elixir asmático de Boerhaave*, *Elisir antiséptico de Huxan*, *Elixir estomacal de Stoughton*, *Elixir febrífugo ó corroborante de With*, *Elixir de Garus*, *Elixir propiedad de Paracelso*, *Elixir temperante de Hoffman*, *Elixir de vida de Mathiolo*, *Elixir de vitriolo de Mynsicht*, *Eustaquio (trompa de)*, *Falopio (ligamento de, trompa de)*, *Galeno (venas de)*, *Gimbernat (lig. de)*, *Glisson (capsula de)*, *Gorro de Hipócrates*, *Higmore (cuerpo de)*, *Mal vertebral de Pott*, *Manga de Hipócrates*, *Perkinismo*, *Puente de Variolo*, *Recetaculo de Pequeto*, *Receptaculo de Coturni*, *Valsalva (método de)*, *Wharton (conducto de)*, *Willis (cuerda de)* o *Wirsungio (canal de)*.

Como ocurre en la inmensa mayoría de los repertorios lexicográficos del ámbito médico elaborados hasta el siglo XX, aunque en esta obra se encuentran voces pertenecientes a todas las áreas de la medicina (como podemos imaginar por las marcas que las acompañan, a que ya hemos hecho mención) el área mejor representada en ella es la correspondiente a la *materia médica*. Es decir, las sustancias, sobre todo vegetales, utilizadas en medicina para curar las enfermedades. Quizá la única diferencia que se observe aquí sea que junto a las famosas plantas medicinales se incorporan numerosas sustancias minerales, que no son tan frecuentes en esos otros textos. A priori, llama la atención la nutrida presencia de la cirugía y los instrumentos de que esta se sirve, pues no suele ser eso lo más habitual en los compendios lexicográfico-médicos del pasado,

así como de la anatomía (con todos sus músculos, articulaciones, ligamentos, venas o arterias), en detrimento de la propia patología. No extraña tanto, sin embargo, si pensamos en que Hurtado recibió su formación inicial en el Colegio de Cirugía de San Carlos en Madrid y que comenzó trabajando como cirujano durante la Guerra de la Independencia antes de marchar a Francia, donde completaría sus estudios. A pesar de los años transcurridos desde entonces y de haber explorado a lo largo de su trayectoria laboral numerosas áreas dentro de la medicina, seguramente guardaba una consideración especial hacia las disciplinas básicas que debía conocer el cirujano, a las que otro tipo de profesional sanitario quizá no hubiera prestado tanta atención.

Por lo que venimos diciendo, el *Vocabulario* de Hurtado se separa mucho de un repertorio enciclopédico. Sin embargo, la comparación con el diccionario enciclopédico que él mismo escribió permite descubrir algo importante con respecto a su elaboración: se da un trasvase evidente del enciclopédico al terminológico. De hecho, aquel le sirvió de cañamazo para la confección del nuevo repertorio, cuya información fue bien aprovechada en ese trasvase, con un cuidadoso criterio selectivo. Esto significa que, en general, todos los términos presentes en el *Diccionario enciclopédico*, lo están también en el *Vocabulario*. Unas veces están extractados, cuando en aquél se extendían a lo largo de varias páginas; pero si las definiciones del repertorio enciclopédico ocupaban pocas líneas, entonces suelen mantenerse sin cambios, como sucede con *achuru*, *decusacion*, *dentagra*, *dentista*, *haba*, *macrobio*, *macrocefalo* o *macrofisocefalo*, por ejemplo. Como a partir de la letra N el diccionario enciclopédico empezó a perder el carácter de enciclopedismo para casi convertirse en terminológico (pues cada vez los artículos incluidos contenían menos información y ocupaban, por tanto, menor extensión), las diferencias van disminuyendo a medida que avanza la obra, haciéndose interminable la lista de coincidencias<sup>30</sup>. Ofrecemos unos cuantos ejemplos, tomados de la letra P, de los muchos existentes absolutamente iguales en ambas obras, sobre todo, en su última parte: *panarizo*, *panchimagogo*, *pancracio*, *pancresto*, *pandaleon*, *pandemia*, *pandémicas*, *perforado*, *perforante*, *perforativo*, *perfume*, *perfusión*, *periblepsia*, *pelibola*, *peribrosis*, *pericardiaro*, *pulgar*, *pulgarada*, *pulican*, *pulmonal*, *pulmonaria*, *pulmonario*, *pulmones*, *pulmonía*, *pulga*, *pulposo* o *pulsacion*.

Pero si supo aprovechar lo que tenía al máximo (y no hay razón para que no lo hiciera, pues ha sido constante en la confección de diccionarios de todas las épocas, el recurrir a los previamente existentes), no se limitó a eso, ya que en el *Vocabulario* añadió muchísimas voces en todas las letras, que no se en-

<sup>30</sup> Sobre este cambio de orientación que Hurtado concibe cuando va por la mitad de su diccionario enciclopédico *vid.* Bertha M. Gutiérrez Rodilla, «La obra lexicográfica de Manuel Hurtado de Mendoza...», *cit.*

contraban en la obra enciclopédica. Además, los términos de las letras U a la Z son nuevos prácticamente todos: en el enciclopédico solamente había 7 artículos pertenecientes a estas letras y aquí hay 273.

Esta relación entre las dos obras no se da solo en la terminología, es decir en la selección de los lemas, y en lo referente a su definición, sino que se extiende también a las marcas caracterizadoras de las voces: las de la obra enciclopédica se mantienen en la otra, con alguna rara excepción<sup>31</sup>. Lo que implica que, como allí tales marcas empezaron a ser menos frecuentes en el segundo tomo del compendio hasta casi desaparecer del todo en el tercero, eso mismo ocurre en el *Vocabulario*, de forma que, a partir de la letra M, solo llevan marcas las voces que la tenían en el repertorio enciclopédico (que no eran todas) y ninguna de las añadidas nuevas. Esta es la razón del progresivo adelgazamiento en la marcación del *Vocabulario*<sup>32</sup>.

Al final del mismo, el médico lexicógrafo añadió un pequeño suplemento con 46 nuevos términos, que justifica del modo siguiente:

No habiendo vocabulario alguno médico-quirúrgico en castellano, y careciendo por lo tanto de un modelo ó guía cual se necesita, para un primer trabajo de esta clase, no estrañaran los lectores la omision involuntaria de algunos términos, la cual hemos procurado subsanar con el adjunto suplemento [...]<sup>33</sup>.

Comentario con el que se remacha la falta de este tipo de obras en nuestra lengua.

#### 4.2. La información lexicográfica que proporciona

Al igual que sucede con otros repertorios lexicográficos, que complementan (y hasta suplen en ocasiones) la información ofrecida por los textos, el inventario de Hurtado de Mendoza resulta de gran interés con respecto al léxico médico decimonónico, particularmente si quiere compararse con el actual, a propósito del significado concreto de los términos, su extensión semántica, su relación con otras voces del mismo campo, etc. Es esa parte de los objetivos de una obra lexicográfica que responde a la función de «notarios» del uso de las palabras, que se le atribuye a este tipo de obras. Se explica así que Hurtado de Mendoza se refiera con toda naturalidad a las *mandíbulas superior e inferior*, cuando para cualquier médico español de hoy en día (quizá no para muchos de

<sup>31</sup> Como sucede, por ejemplo, con *ablactacion*, marcada como perteneciente a *hig.* en el enciclopédico y a *fisiol.* en el vocabulario.

<sup>32</sup> Sobre las marcas y otros pormenores del Diccionario enciclopédico de Hurtado, *vid.* Bertha M. Gutiérrez Rodilla, «La obra lexicográfica de Manuel Hurtado de Mendoza...», *cit.*

<sup>33</sup> Manuel Hurtado de Mendoza, *Vocabulario médico-quirúrgico...*, *cit.*, pág. 747.

los hablantes) no hay más que una *mandíbula*, equivalente al *maxilar inferior*, que este sí, se opone al *maxilar superior*. Ese mismo médico se sorprendería al leer que para Hurtado un *bisexual* es lo mismo que un *hermafrodita*, que la *elefantiasis* es exclusivamente una forma de lepra o que los *achaques* no son molestias ligeras y propias de la edad (generalmente avanzada), sino «enfermedades habituales, como las almorranas o la leucorrea» (al margen del hecho de calificar como *enfermedades* procesos que difícilmente rebasan la categoría de signos clínicos, por más molestos que puedan ser); y continuaría su sorpresa al enterarse de que *malacia*, que en la actualidad un profesional de la medicina tomaría como un «reblandecimiento» o «ablandamiento», por ejemplo del tejido óseo, para Hurtado se trata de una especie de trastorno alimenticio consistente en querer comer solo un alimento y tener aversión a todos los demás, por lo que es muy habitual en las embarazadas y en las *cloróticas*; unas *cloróticas*, por lo demás, afectas de una enfermedad, la *clorosis*, que aunque bien definida por Hurtado, los médicos del siglo XXI seríamos incapaces de reconocer.

Sin embargo la información que nos suministra Hurtado desborda con creces el marco de los tecnicismos, pues no todos los términos incluidos pertenecen estrictamente al nivel especializado, sino que se recogen algunos, que el propio autor califica como *vulgares*, sinónimos de otros más técnicos, también presentes en el diccionario. Tal sería el caso, por citar solo algunos, de *bancroche*, *bolsa*, *bulto*, *cagalera*, *cardenal*, *carraspera*, *colico de miserere*, *desate o desbarate de vientre*, *encendido*, *gallillo*, *gaznate*, *lamparones*, *mes*, *mil pies*, *opilacion*, *pañó*, *pesadilla*, *pinta*, *potra*, *regla*, *rija*, *soliman*, *tabardillo*, *tragadero* o *vómito prieto*. A veces nos avisa también de que el significado de una voz puede no coincidir exactamente en el ámbito especializado y en el común, como sucedería con *brazo*, por ejemplo, ya que en el especializado designa exclusivamente la porción del miembro superior comprendida entre el hombro y el codo, mientras que en el común se refiere a toda la extremidad superior. A esta jugosa información sobre la variación terminológica y sobre la polisemia, que se manifiesta igualmente en la gran cantidad de sinónimos que proporciona de los términos tratados, dentro del plano estrictamente especializado, así como en la pluralidad de sentidos que ofrece en cuanto al empleo de los términos, se añade la oscilación gráfica que asimismo puede hallarse en algunas de las entradas del compendio, aunque ciertamente no sea muy frecuente: *aponeurose*, *aponevrose*; *croup* y *crowp*; *disfagia* o *dysfagia*, *distocia*, *distokia*, *distoquia*; *enkistado*, *enquistado*; o *recetaculo* y *receptaculo*, por ejemplo. Igual de interesante resulta encontrar numerosas voces que reflejan la grafía y pronunciación francesa (muy acorde con la época en que se redacta el repertorio), que más tarde se adaptarían bien a la española, como sucede con *croup* y *crup*, o bien a la forma etimológica, que sospechosamente coincide con la inglesa. Este sería el caso, por ejemplo, del conocido sufijo *-osis*, que en esta obra

(como corresponde al momento en que se compone) se encuentra en numerosas ocasiones como *-ose*: *anastomose, angiose, anquiloze, aponeurose, exartrose, melanose, neurose, pneumose* o *urose*, por ejemplo, aunque en tantas otras aparezca igualmente como *-osis*: *amaurosis, anchylosis, blefaroptosis, diartrosis, exostosis, lordosis, miosis, necrosis, sarcosis...*

Más allá de las diferencias de significado de las voces médicas en unas épocas y otras, el *Vocabulario* nos informa del porqué del nombre que llevan algunos términos, creados por neología de sentido. Así sucedería, por ejemplo, con *cogulla, episcopales, falciforme, leontiasis* o *píloro*:

COGULLA s. s. f. (*anat.*) *Cucultus*. Algunos anatómicos han dado este nombre al músculo *trapezio*, por parecerse á una *capucha*.

EPISCOPALES. adj. *Episcopales valvulae*, del griego *episcopos*, obispo. Nombre que se ha dado á las válvulas mitrales del corazon, porque se ha creído hallar semejanza entre su figura y la que tienen las mitras de los obispos. Algunos las llaman *tricuspides*.

FALCIFORME. adj. (*anat.*) *Phalciformis*. Lo que tiene la figura de una hoz, como *ligamento falciforme [...]*, *seno falciforme [...]*.

LEONTIASIS. (*patol. ext.*) Nombre dado á la lepra de la cara [...], la cual cambia y altera de tal modo la cara, que se ha creído encontrar alguna semejanza entre la fisonomía de estos enfermos y la del león.

PÍLORO. s. m. *Pilorus*, (de *pule*, puerta, y de *oréo*, guardar). Se da este nombre al círculo carnoso que cierra el orificio ó la boca inferior ó duodenal del estómago, llamado así por haberle considerado como el portero del estómago.

Como nos informa también del momento en que se está delimitando o fijando el significado de un término, como ocurre con *abrasion, calamedon* o con *papula*:

ABRASION s. f. (*patol.*) *Abrasio de abradere*, raer ó raspar. Nombre que aplican algunos patólogos á una ulceracion ligera y superficial, con pérdida de sustancia, pero que se emplea mas particularmente hablando de las partes interiores, como *abrasion* de la túnica mucosa del estómago ó de los intestinos [...] Tambien dan algunos el nombre de *abrasion* á la irritacion violenta de esta membrana producida por el uso de purgantes violentos.

CALAMEDON s. m. (*patol. ext.*) *Calamedon*. Palabra griega empleada para designar segun unos, una fractura oblicua cuyos fragmentos imitan la forma de una pluma de escribir, y segun otros una fractura longitudinal. Finalmente algunos la han usado para explicar ó indicar el estado de los huesos, que han sufrido una fractura conminuta.

PAPULA La mayor parte de los autores convienen en dar á esta palabra la significacion de unos pequeños granos cutáneos que no contienen pus como las pústulas, ni serosidad como las flictenas, y se terminan por descamacion.

O de la lucha de un término contra otros, frente a los que acabará perdiendo (como sucede con *celebro*), o a los que acabará ganando (como pasa con *infarto*):

CELEBRO s. m. (*anat.*) Algunos anatómicos emplean esta palabra como sinónimo de *cerebro*. (Véase esta palabra) pero otros indican con ella toda la masa cerebral contenida en el cráneo como el cerebro, cerebelo, y médula oblongata.

INFARTO (*patol.*) No estando todavía bien fijada la significación de esta palabra, que unos usan como sinónimo de *hinchazon*, otros de *inflamacion crónica*, otros de *obstruccion* y otros de *induracion*, véanse estas palabras.

O de los términos que están cayendo o han caído ya en desuso, como en el caso de *antroposofia*, *bothor*, *cistoflogia* o *efedrana*:

ANTROPOSOFIA s. f. (*fisiol.*) *Antroposophia*, de *anthropos* hombre, y de *sophia* sabiduría. Quiere decir, tratado ó conocimiento de la estructura del hombre, y de las funciones de los órganos que le componen. Esta voz, que no está ya en uso, se halla en [...].

BOTHOR. Palabra árabe que no está en uso con que se han designado los abscesos de las ventanas ó aberturas de la nariz. Se ha aplicado también en general à todo tumor con especialidad acompañado de solución de continuidad.

CISTOFLOGIA. s. f. (*patol.*) *Cystophlogia*. Algunos patólogos han propuesto esta denominación para designar la inflamación de la vejiga; pero en las obras modernas se usa más generalmente de la palabra *cistitis*.

EFEDRANA. s. f. (*anat.*) *Ephedrana*. [...] Término empleado por algunos como sinónimo de *nalga*. No está ya en uso.

Pero nuestro médico no siempre asiste como mero espectador que se limita a dejar constancia de lo que ve, pues, como ya hemos adelantado, entre las razones que le impulsaron a elaborar este compendio se encontraba la de intentar dar respuesta a los problemas que presentaba el lenguaje médico. A este fin servía bien ciertamente la recogida y fijación del significado de los términos, tal y como hemos visto en todos los ejemplos precedentes. La lectura de su repertorio, sin embargo, además de permitirnos conocer la trayectoria de los términos, las luchas entre ellos, su periodo de auge o de declive, nos da cuenta también de usos confusos y usos erróneos, como sucede con *agenesia*, *caries* o *embriaguez*, por ejemplo:

AGENESIA s. f. (*patol.*) *Agenesis* de *a*, privat. y de *genesis*, generación. Es la impotencia, esterilidad, ó incapacidad de engendrar. Aunque la *agenesia* corresponde en la clasificación de Vogel, de Sauvages, de Cullen y de Pinel, á la anafrodisia, no son sinónimas estas dos voces, pues esta significa la abolición del apetito venéreo.

CARIES s. f. (*patol. est.*) *Caries*. Se entiende por esta voz, en patología, la úlcera del hueso, que va precedida ordinariamente de dolor local mas ó menos profundo y vivo. Algunos ha denominado caries á la *necrosis*, pero son afecciones totalmente diferentes. Véase *Necrosis*.

EMBRIAGUEZ. s. f. (*patol.*) *Temulencia*. Estado soporoso que se equivoca con la borrachera, el cual se observa en muchas calenturas graves. Algunos le hacen sinónimo de *Borrachera*. Véase esta palabra.

Así como de los usos, derivados del influjo directo de otras lenguas, como ocurre, por ejemplo, con *gotiera* o *hematodes*:

GOTIERA (*cirj. inst. y anat.*) Se ha solido usar en cirugía esta palabra afrancesada para designar unos canales ó medias cañas de carton, madera ú hoja de lata que se acomodan en las fracturas. Tambien se ha usado impropriamente en anatomía para denominar ciertas endiduras ó canales que se observan en los huesos.

HEMATODES adj. (*patol. ext.*) *Sanguineus, Cruentus*. Los cirujanos ingleses han designado con el titulo de *fungus hematodes* algunos tumores cancerosos [...]. La misma denominacion han dado los cirujanos franceses á los tumores llamados antiguamente *anormales, cavernosos y varicosos*. Pero todas estas denominaciones son viciosas. Dupuytren los llama *erectiles*.

Incluso, de la toma de postura de Hurtado en contra de unos usos y a favor de otros, a los que trata de potenciar, como vemos en *acataposis, cistoplegia, elitroides, emulgente, hocico de tenca y obturador*, de entre los muchos ejemplos que hay:

ACATAPOSIS s. f. (*patol.*) *Acataposis*. Voz griega compuesta de *a, privat* y *kataposis*, deglucion. Vogel da impropriamente este nombre á las enfermedades en que no puede hacerse la deglucion sin dolor; pero en rigor no debe darse sino á la deglucion penosa ó a la absoluta imposibilidad de tragar, sea con dolor, ó sin él. Pinel llama así al primer periodo del espasmo del Esófago.

CISTOPLEJIA Muchos autores han dado este nombre á la parálisis de la vejiga, cuya denominacion es muy propia, y por lo tanto deberia adoptarse para simplificar y perfeccionar el lenguaje médico.

ELITROIDES. adj. (*anat.*) *Elytroides*. Voz griega compuesta de *elytron*, vaina, cubierta, y de *eidosis*, forma, semejanza. Nombre que se ha asignado impropriamente á la túnica vaginal del testículo que Mr. Chaussier denomina con mucha razon cubierta peritoneal; porque efectivamente no es otra cosa que una expansion del peritoneo [...].

EMULGENTE. adj. (*anat.*) *Emulgens*, de *emulgere*, exprimir. Se ha dado el epíteto de *emulgentes*, á las arterias y venas que se distribuyen en los riñones, cuya denominacion sin duda se funda en el uso evidente de estos órga-

nos, y en la activa secrecion descomponete à que contribuyen [...] Esta espresion impropia se debe reemplazar por la de renal. Véase *renal*.

HOCICO DE TENCA. s. m. (*anat.*) *Os tincoe*. Nombre que se da al orificio de la matriz por la semejanza que esta parte presenta con la extremidad anterior de la cabeza de este pescado. Chaussier le llama con mas razon orificio vaginal.

OBTURADOR. adj. *Obturator*, de *obturare*, cerrar. Lo que cierra. Algunos anatómicos han llamado impropriamente *agugero obturador* al agujero ovalado ó infrapubiano del hueso inominado. La palabra *obturador* solo puede aplicarse á las partes que cierran y llenan este agujero en el estado fresco; tales son el *ligmento obturador*, los *músculos obturadores*, *vasos obturadores* y el *nervio obturador* [...].

No se agotan aquí, desde luego, las posibilidades de estudio que nos brinda el primero de nuestros diccionarios terminológicos modernos de medicina. A él le seguirían, casi 40 años después, algún otro como el *Vocabulario tecnológico de Medicina, Cirujía, Farmacia y ciencias auxiliares*<sup>34</sup>, de Juan Cuesta y Ckerner o el *Diccionario tecnológico de ciencias médicas*, de José María Caballero Villar<sup>35</sup>, cuyas motivaciones para llevarlos a cabo seguían estando relacionadas con la preocupación por el lenguaje médico en general, tanto el nuevo, como el antiguo:

No sólomente el nuevo tecnicismo que hoy impera y que ha producido modificaciones tan trascendentales [...] ha sido objeto de mi atención, sino la terminología que ha llegado a olvidarse ó á caer en desuso y que sólo se encuentra en obras hoy apenas consultadas<sup>36</sup>,

pues los problemas que aquejaban a nuestro lenguaje, lejos de haber ido mejorando con el transcurrir de la centuria, habían empeorado: los continuos avances de la medicina, en un siglo trascendental de su historia, habían desencadenado un cambio, continuo también, de los tecnicismos médicos, acuñados además con distintos criterios (anatomopatológicos, fisiopatológicos y etiológicos), correspondientes a las sucesivas etapas por las que la medicina decimonónica fue transcurriendo. Con ello se intensificaron, tanto el caos en los procedimientos neológicos utilizados como la avalancha de extranjerismos, hasta entonces sobre todo galicismos, pero a los que vinieron a sumarse en los últimos años del periodo los primeros anglicismos que venían con toda la intención de quedarse...

<sup>34</sup> Juan Cuesta y Ckerner, *Vocabulario tecnológico de Medicina, Cirujía, Farmacia y ciencias auxiliares*, Madrid, Gregorio Juste, 1878, de la que hubo una edición posterior (Juan Cuesta y Ckerner, 2ª ed. *corregida, aumentada y enriquecida con más de 21.000 voces por D. Eduardo Aragon y Obejero y D. Favila Cuesta y Armiño*, 4 vols., Madrid, Gregorio Juste, 1883-1892).

<sup>35</sup> José María Caballero Villar, *Diccionario tecnológico de ciencias médicas*, Vitoria, Viuda e hijos de Iturbe, 1886.

<sup>36</sup> *Ibíd.*, pág. 5.

Ciertamente era muy difícil poder hacerle frente a una situación tan complicada con un diccionario terminológico como única arma, por bueno que este pudiera ser. Pero al menos se hizo el intento. Un intento que ponía de manifiesto que aquellos médicos decimonónicos, preocupados por la degradación del lenguaje que empleaban todos los días, todavía conservaban el gusto refinado por las cuestiones de lengua, en nada incompatible con el cultivo primoroso de la medicina. Un gusto (y quizá, un cultivo) que el siglo XX se encargaría de erradicar.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aréchaga Martínez, José, *La anatomía española de la primera mitad del siglo XIX*, Granada, Universidad de Granada, 1977.
- Caballero Villar, José María, *Diccionario tecnológico de ciencias médicas*, Vitoria, Viuda e hijos de Iturbe, 1886.
- Chomel, Auguste François, *Tratado completo de patología general. Nueva traducción castellana de la 3ª edición refundida por él mismo*, Madrid, Calleja, 1843.
- Cuesta y Ckerner, Juan, *Vocabulario tecnológico de Medicina, Cirujía, Farmacia y ciencias auxiliares*, Madrid, Gregorio Juste, 1878.
- Cuesta y Ckerner, Juan, *Vocabulario tecnológico de Medicina, Cirujía, Farmacia y ciencias auxiliares, 2ª ed. corregida, aumentada y enriquecida con más de 21.000 voces por D. Eduardo Aragon y Obejero y D. Favila Cuesta y Armiño*, 4 vols., Madrid, Gregorio Juste, 1883-1892.
- Dechambre, Amédée y Lereboullet, Léon, dirs., *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, 100 vols., Paris, Masson, 1864-1889.
- García Suelto, Tomás, «Consideraciones sobre la crítica del nuevo Diccionario de la medicina inserta en el Diario de Madrid», *Varietades de Ciencias, Literatura y Artes*, 8, 22, 1805, págs. 243-246.
- Gutiérrez Rodilla, Bertha M., *La Ciencia empieza en la palabra. Análisis e historia del lenguaje científico*, Barcelona, Península, 1998.
- Gutiérrez Rodilla, Bertha M., «La obra lexicográfica de Manuel Hurtado de Mendoza: sus diccionarios enciclopédicos de medicina», *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, LXIV, 2, 2012, págs. 467-490.
- Hurtado de Mendoza, Manuel y Martínez Caballero, Celedonio, *Diccionario de Medicina y Cirugía o Suplemento al Diccionario de Antonio de Ballano*, 3 vols., Madrid, Viuda de Barco López/Brugada, 1820-1823.
- Hurtado de Mendoza, Manuel, *Instituciones de medicina y cirugía o Curso completo aunque abreviado de estudios médicos y quirúrgicos con arreglo al plan de estudios aprobado por S.M., Tomo I, La anatomía, la fisiología y la higiene*, Madrid [s. l.], Imp. de Sanchiz [s. n.], 1839.
- Hurtado de Mendoza, Manuel, *Vocabulario médico-quirúrgico, o Diccionario de Medicina y Cirugía, que comprende la etimología y definición de todos los terminos usados en estas dos ciencias por los autores antiguos y modernos*, Madrid, Boix, 1840.
- Hurtado de Mendoza, Manuel, *Enciclopedia de terapéutica ó tratado de terapéutica especial, médica y quirúrgica, en el cual se exponen por orden alfabético todos los adelantamientos que ha hecho hasta el día esta parte la mas importante de la ciencia de curar. Coleccion puramente práctica y de una aplicacion inmediata á la cabecera de los enfermos*, 3 vols., Madrid, J. Viana Razola, 1843.

- López Piñero, José María, «Hurtado de Mendoza, Manuel», en J. M. López Piñero, T. G. Glick, V. Navarro y E. Portela, *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España. I*, Barcelona, Península, 1983.
- Miqueo, Consuelo, «Estudio de una revista: *Décadas Médico-Quirúrgicas* (1821-1828)», *Asclepio*, 41, 1989, págs. 93-130.
- Miqueo, Consuelo, «La introducción y difusión del brusismo en España», en E. Arquiola y J. Martínez Pérez, coords., *Ciencia en expansión. Estudios sobre la difusión de las ideas científicas y médicas en España (s. XVIII-XX)*, Madrid, Editorial Complutense, 1995, págs. 159-180.
- Nieto Serrano, Matías, «Necesidad de perfeccionar el lenguaje médico», *Boletín de Medicina, Cirujía y Farmacia*, 5, 182, 1838, págs. 9-12.
- Nieto Serrano, Matías, *Bosquejo de la ciencia viviente: ensayo de Enciclopedia filosófica*, Madrid, Impr. de Rojas y CIA, 1867.
- Nieto Serrano, Matías, *Diccionario crítico-biológico: Estudio de palabras del idioma castellano relacionadas 1º Con lo que suenan 2º Con otras palabras de la misma ó de distinta lengua. 3º Con el significado que les dá el uso. 4º Con el significado que deben tener relacionadas convenientemente*, Madrid, Estab. Tip. de E. Teodoro, 1901.
- Piquer, José Antonio, *Bosquejo del estado del arte de curar y de sus profesores en España, y proyecto de un plan para su general reforma*, Madrid, J. B. Gimeno, 1836.
- Riera Palmero, Juan, «La obra anatómica de Hurtado de Mendoza», *Cuadernos de Historia de la Medicina Española*, 9, 1970, págs. 197-229.
- Salvá y Campillo, Francisco, *Discurso sobre la necesidad de reformar los nombres de los morbos, y plan para hacerlo: leído en la abertura del curso médico práctico de la Real Escuela de Medicina Clínica de Barcelona en el 3 de octubre de 1807*, Barcelona, M. Texéro, 1807.
- Sauvages, François B., *Nosologia methodica sistens morborum classes, genera et species, juxta Sydenhami mentem et Botanicorum ordinem*, 5 vols., Amsterdam, Frères De Tournes, 1763.
- Sauvages, François B., *Nosologie méthodique, dans laquelle les maladies sont rangées par classes, suivant le système de Sydenham, & l'ordre des botanistes*, 10 vols, Paris, Hérisant le fils, 1771.

Fecha de recepción: 9 de mayo de 2011

Fecha de aceptación: 23 de septiembre de 2011